

INTRODUCCIÓN: RETIROS BIENAVENTURANZAS

En los retiros de este curso, meditaremos sobre las Bienaventuranzas, como se me ha indicado. Necesitamos ahondar en su sentido con el fin de interrogarnos cómo las vivimos en tanto que miembros de un Instituto Secular. En esta perspectiva, quiero comenzar la meditación recordando la afirmación de la Exhortación apostólica postsinodal sobre el carisma de la consagración secular o de la secularidad consagrada:

El Espíritu Santo, admirable artífice de la variedad de los carismas, ha suscitado en nuestro tiempo nuevas formas de vida consagrada, como queriendo corresponder, según un providencial designio, a las nuevas necesidades que la Iglesia encuentra hoy al realizar su misión en el mundo.

Pienso en primer lugar en los Institutos seculares, cuyos miembros quieren vivir la consagración a Dios en el mundo mediante la profesión de los consejos evangélicos en el contexto de las estructuras temporales, para ser así levadura de sabiduría y testigos de gracia dentro de la vida cultural, económica y política. Mediante la síntesis, propia de ellos, de secularidad y consagración, tratan de introducir en la sociedad las energías nuevas del Reino de Cristo, buscando transfigurar el mundo desde dentro con la fuerza de las Bienaventuranzas. De este modo, mientras la total pertenencia a Dios les hace plenamente consagrados a su servicio, su actividad en las normales condiciones laicales contribuye, bajo la acción del Espíritu, a la animación evangélica de las realidades seculares. Los Institutos seculares contribuyen de este modo a asegurar a la Iglesia, según la índole específica de cada uno, una presencia incisiva en la sociedad. (VC 10)

Juan Pablo II presentaba así la misión de los Institutos Seculares: *«introducir en la sociedad las energías nuevas del Reino de Cristo, buscando transfigurar el mundo desde dentro con la fuerza de las Bienaventuranzas.»* De esta forma el Papa recordó que las bienaventuranzas deben ser meditadas y vividas en el horizonte del advenimiento del reino de Cristo, de la misión de la Iglesia. Ellas son una real fuerza para transfigurar el mundo desde dentro. No perdamos de vista esta perspectiva a lo largo de nuestras meditaciones.

El evangelista Mateo, en efecto, tras la proclamación de las bienaventuranzas, pone estas palabras en labios de Jesús dirigidas a sus oyentes

Vosotros sois la sal de la tierra. Pero si la sal se vuelve sosa, ¿con qué la salarán? No sirve más que para tirarla fuera y que la pise la gente. Vosotros sois la luz del mundo. No se puede ocultar una ciudad puesta en lo alto de un monte. Tampoco se enciende una lámpara para meterla debajo del celemín, sino para ponerla en el candelero y que alumbre a todos los de casa. Brille así vuestra luz ante los hombres, para que vean vuestras buenas obras y den gloria a vuestro Padre que está en los cielos. (Mt 5, 13-16)

A través de la fuerza de las bienaventuranzas, los discípulos del Señor estamos llamados a ser sal y luz, para que los hombres y mujeres de nuestro tiempo vean nuestras buenas obras y den gloria a nuestro Padre que está en los cielos. No se trata de que nos alaben y admiren a nosotros, sino que glorifiquen al Padre. Y esto es precisamente lo que nos recuerda toda la vida y misión de Jesús. Él nunca buscó ser admirado ni glorificado, en todo buscaba la gloria del Padre. Al final de su vida, Jesús oraba así: *«Ahora mi alma está agitada, y ¿qué diré? ¿Padre, líbrame de esta hora? Pero si por esto he venido, para esta hora: Padre, glorifica tu nombre.»* (Jn 12, 27-28) La glorificación del Padre y la salvación de los pecadores unificó la misión del Envidado y de la comunidad apostólica.

Antes de presentar la meditación, me parece interesante, recordar un criterio para leer y meditar las Escrituras. No podemos aislar el texto de la bienaventuranza del resto de la Escritura. El concilio Vaticano II dio este criterio para interpretar la Escritura:

«La Escritura se ha de leer e interpretar con el mismo Espíritu con que fue escrita: por tanto, para descubrir el verdadero sentido del texto sagrado hay que tener muy en cuenta el contenido y la unidad de toda la Escritura, la Tradición viva de toda la Iglesia, la analogía de la fe.» (DV 12)

En consecuencia, tengamos en cuenta quien nos habla y la totalidad de su Palabra. Fue una gran tentación del judaísmo absolutizar la ley, haciendo de ella un ídolo. Jesús no estuvo contra la ley, pero sí contra su absolutización. Por ello podía decir: «No creáis que he venido a abolir la Ley y los Profetas: no he venido a abolir, sino a dar plenitud. En verdad os digo que antes pasarán el cielo y la tierra que deje de cumplirse hasta la última letra o tilde de la ley.» (Mt 5, 17-18) Pero al mismo tiempo proclamaba: el sábado está hecho para el hombre y no el hombre para el sábado (cf. Mc 2, 23-3, 6). Jesús resucitado dijo a sus discípulos: «Esto es lo que os dije mientras estaba con vosotros: que era necesario que se cumpliera todo lo escrito en la Ley de Moisés, y en los Profetas y Salmos acerca de mí». (Lc 24, 44) Así lo comprendió la fe apostólica. Los que hemos sido liberados por Cristo para la libertad, debemos *fructificar en el Espíritu*, en el que debemos leer la Escritura:

En cambio, el fruto del Espíritu es: amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, lealtad, modestia, dominio de sí. Contra estas cosas no hay ley. Y los que son de Cristo Jesús han crucificado la carne con las pasiones y los deseos. Si vivimos por el Espíritu, marchemos tras el Espíritu. (Gal 5, 22-25) *Y luego añade:* «Llevad los unos las cargas de los otros y así cumpliréis la ley de Cristo.» (6, 2)

«La Ley regia de la libertad», un auténtico don de Dios, reza así: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo». Y añade el apóstol: «Hablad y actuad como quienes van a ser juzgados por una ley de libertad». (cf. Sant 2, 8-13).

He querido recordar esto, pues tampoco las bienaventuranzas pueden ser meditadas sin tener en cuenta Quién las proclama, el Espíritu en el que han sido proclamadas, y su significado en la totalidad de la Escritura y la Tradición viva en que se han comunicado. Es lo que esbozaré en este primer retiro. Las bienaventuranzas no dicen «hay que ser...», sino «bienaventurado el que es...», en el horizonte del reinado de Dios. Y es así como se presentan como una fuerza capaz de transformar el mundo desde dentro, como recordó el Papa. Y esto concuerda con lo que Pablo escribía a la comunidad de Roma:

Pues no me avergüenzo del Evangelio, que es fuerza de Dios para la salvación de todo el que cree, primero del judío, y también del griego. Porque en él se revela la justicia de Dios de fe en fe, como está escrito: El justo por la fe vivirá. (Rom 1, 16-17)

Las bienaventuranzas se hallan al inicio del «sermón del monte», según san Mateo, o de la «llanura», según san Lucas. «El *“sermón del monte”* es como la constitución del nuevo pueblo de Dios, el protocolo de la nueva alianza, el manifiesto del Mesías Salvador... Su discurso es exigencia sin compromisos, invitación a un constante superarse... A través de esa comunidad limitada, se dirige a la comunidad humana, levadura para una transformación de la historia». Las bienaventuranzas vinculan promesas de bienes sumos a exigencias extraordinarias. «La dicha no está en el ejercicio, sino en sus consecuencias; pero no excluye que la consecuencia suceda ya en el ejercicio». (L. A. SCHÖKEL) Después de esta breve introducción, paso a ofrecer algunos puntos para la meditación.

I.- EL MESÍAS DEL PUEBLO POBRE Y OPRIMIDO

Los cuatro evangelistas presentan al inicio de sus evangelios, cada uno a su manera, a Jesús de Nazaret como el Mesías anunciado y esperado por la fe de Israel. En él se cumplen las promesas proféticas, pero con una novedad insospechada.

Moisés, en nombre de Dios, prometió a Israel un profeta como él, esto es, un profeta que conduciría al pueblo a su más plena libertad. «Suscitaré un profeta de entre sus hermanos, como tú. Pondré mis palabras en su boca, y les dirá todo lo que yo le mande». (Dt 18, 17). La gente después de escuchar a Jesús y saciar su hambre con los panes y peces bendecidos por él se decía: «Este es verdaderamente el Profeta que va a venir al mundo». Pero Jesús, «sabiendo que iban a llevárselo para proclamarlo rey, se retiró otra vez a la montaña él solo». (Jn 6, 14-15) ¡Jesús es infinitamente más que un profeta!

Isaías, el profeta de la fe, anunció la llegada del «Mesías de los pobres» en estos términos: «Brotará un renuevo del tronco de Jesé, y de su raíz florecerá un vástago. Sobre él se posará el espíritu del Señor...» El juzgará a los pobres con justicia, recreará la paz entre los pueblos, llenará el país del conocimiento de Dios. Él reunirá a los desterrados de Israel. (cf. Is 11, 1-16)

Dios hará de su «Siervo» alianza de un pueblo, luz de las naciones. Él implantará la justicia. (cf. Is 42, 1-9) Israel conocerá realmente la alegría, pues Dios reina ya. «¡Qué hermosos son sobre los montes los pies del mensajero que proclama la paz, que anuncia la buena noticia, que pregonar la justicia, que dice a Sión: “¡Tu Dios reina!” (Is 52, 7) Y al pueblo reunido después del dramático Exilio, le dice el profeta:

El Espíritu del Señor, Dios, está sobre mí, porque el Señor me ha ungido. Me ha enviado para dar la buena noticia a los pobres, para curar los corazones desgarrados, proclamar la amnistía a los cautivos, y a los prisioneros la libertad; para proclamar un año de gracia del Señor, un día de venganza de nuestro Dios, para consolar a los afligidos, para dar a los afligidos de Sión una diadema en lugar de cenizas, perfume de fiesta en lugar de duelo, un vestido de alabanza en lugar de un espíritu abatido. Los llamarán «robles de justicia», «plantación del Señor, para mostrar su gloria». (Is 61, 1-3)

Las promesas del Señor, hechas por medio de sus siervos los profetas, alimentan la oración de la fe, que son los salmos. En ellos resuena, ante todo, la fe en el Dios de la creación y la liberación salvífica, de las promesas y de la alianza. Los salmos repetirán de forma incesante que son dichosos, bienaventurados los que han puesto su confianza y esperanza en el Señor.

Dichoso el hombre que no sigue el consejo de los impíos, ni entra por la senda de los pecadores, ni se sienta en la reunión de los cínicos; sino que su gozo es la ley del Señor, y medita su ley día y noche. Será como un árbol plantado al borde de la acequia: da fruto en su sazón y no se marchitan sus hojas; y cuanto emprende tiene buen fin. (Sal 1, 1-3)

Gustad y ved qué bueno es el Señor, dichoso el que se acoge a él. (Sal 34, 9)

Dichoso el hombre que ha puesto su confianza en el Señor, y no acude a los ídolos, que se extravían con engaños. Cuántas maravillas has hecho, Señor, Dios mío, cuántos planes en favor nuestro; nadie se te puede comparar. Intento proclamarlas, decirlas, pero superan todo número. (Sal 40, 5-6)

Dichoso el que cuida del pobre; en el día aciago lo pondrá a salvo el Señor. El Señor lo guarda y lo conserva en vida, para que sea dichoso en la tierra, y no lo entrega a la saña de sus enemigos. (Sal 41, 2-3)

Dichoso el que tú eliges y acercas para que viva en tus atrios: que nos saciemos de los bienes de tu casa, de los dones sagrados de tu templo. (Sal 65, 5)

Dichoso el que encuentra en ti su fuerza y tiene tus caminos en su corazón. (Sal 84, 5)

Dichoso el pueblo que sabe aclamarte: caminará, oh Señor, a la luz de tu rostro; tu nombre es su gozo cada día, tu justicia es su orgullo. (Sal 89, 16-17)

Dichoso el hombre a quien tú educas, al que enseñas tu ley, dándole descanso tras los años duros, mientras al malvado le cavan la fosa. (Sal 94, 12-13)

Dichosos los que respetan el derecho y practican siempre la justicia. (Sal 106, 3)

Dichoso el pueblo que esto tiene, dichoso el pueblo cuyo Dios es el Señor. (Sal 144, 15)

Dichoso a quien auxilia el Dios de Jacob, el que espera en el Señor, su Dios, que hizo el cielo y la tierra, el mar y cuanto hay en él; que mantiene su fidelidad perpetuamente, que hace justicia a los oprimidos, que da pan a los hambrientos. El Señor liberta a los cautivos, el Señor abre los ojos al ciego, el Señor endereza a los que ya se doblan, el Señor ama a los justos. El Señor guarda a los peregrinos, sustenta al huérfano y a la viuda y trastorna el camino de los malvados. El Señor reina eternamente, tu Dios, Sión, de edad en edad. (Sal 146, 5-10)

El salmista alaba a Dios y educa al pueblo. Muestra y canta el camino de la alegría, pero nada impone. Jesús, como buen judío, cantó y oró con los salmos. En las bienaventuranzas resuenan algunos de los salmos, que acabo de citar entre los muchos que pueden aducirse.

El Mesías del pueblo pobre y oprimido llevará a plenitud la esperanza de Israel, de los pobres del Señor. La esperanza de Israel, expresión de la esperanza depositada por Dios en corazón del ser humano y de la misma creación, resuena en las bienaventuranzas proclamadas por Jesús, como cumplimiento en la novedad. En ellas se halla presente la fuerza de la palabra de Dios que se cumple sin tardar y transfigura el mundo viejo en un mundo nuevo. Las bienaventuranzas de los evangelios, por tanto, son la expresión de la llegada del reino de Dios en Jesús, el Mesías del pueblo pobre y oprimido. ¡Tengámoslo siempre presente en nuestra oración y contemplación!

II.- LAS BIENAVENTURANZAS DEL REINO DE DIOS

Al meditar en las bienaventuranzas, debemos tener siempre presente, si no se quiere caer en un cierto moralismo o pietismo, que la predicación de Jesús está centrada en el anuncio de la llegada del reino de Dios. El cuarto evangelio, es verdad, prefiere hablar de vida eterna; pero a Nicodemo, el honesto maestro de la ley, Jesús le dice: para ver y entrar en el reino de Dios es necesario renacer de nuevo del agua y del Espíritu (cf. Jn 3, 1-12). Y ante Pilato, Jesús se afirma como rey, pero su reino no es de este mundo. En la cruz muere como el rey de los judíos. (cf. Jn 18, 33-19, 21). El reino de Dios ya está aconteciendo en la historia, pero no según los criterios de fuerza y poder de los imperios de este mundo.

Los discípulos de Jesús tuvieron mucha dificultad para entender y vivir la novedad de su predicación sobre el reino de Dios. Los Hechos de los Apóstol recuerdan esto de forma plástica. Después que Jesús resucitado se les apareciera durante cuarenta días hablándoles del reino de Dios, ellos seguían preguntando: «Señor, ¿es ahora cuando vas a restaurar el reino de Israel?». Él les hablaba del reino de Dios y ellos soñaban con el reino de Israel.

Las bienaventuranzas son las bienaventuranzas del reino de Dios. Conviene recordarlo. Estamos ante la dinámica del don y no de la conquista. Ciertamente, es necesario recibir libre y

responsablemente el don, pero sabiendo que el poder y querer hacerlo es gracia. San Pablo escribía a la comunidad de Filipo, que andaba un tanto entrampada, como nos sucede un poco a todas nuestras comunidades: «Porque a vosotros se os ha concedido, gracias a Cristo, no solo el don de creer en él, sino también de sufrir por él» (Flp 1, 29). Y tras el himno cristológico exhorta el apóstol a la comunidad con estas palabras: «Trabajad por vuestra salvación con temor y temblor, porque es Dios quien activa en vosotros el querer y el obrar para realizar su designio de amor». (2, 12-13)

No conquistamos el reino de Dios, pero sí estamos llamados a la conversión y la fe, para ser sus testigos. Pablo, dirigiéndose a los presbíteros de Éfeso, en Mileto, les decía: «A mí no me importa la vida, sino completar mi carrera y consumir el ministerio que recibí del Señor Jesús: ser testigos del Evangelio de la gracia de Dios». (Hch 20, 24) Ahora bien, para acoger y dar testimonio del reino de Dios, del Evangelio de la gracia de Dios, el evangelista Marcos condensando la predicación de Jesús recuerda la necesidad de convertirse y creer:

Después de que Juan fue entregado, Jesús se marchó a Galilea a proclamar el Evangelio de Dios; decía: «Se ha cumplido el tiempo y está cerca el reino de Dios. Convertíos y creed en el Evangelio». (Mc 1, 14-15)

La promesa de Dios se ha cumplido. Lucas insiste en ello al presentar la misión de Jesús en Nazaret. Tras la lectura del pasaje de Isaías, en que se anuncia cómo el ungido con el Espíritu es enviado a evangelizar a los pobres (cf. Is 61, 1ss), Jesús proclama: «Hoy se ha cumplido esta Escritura que acabáis de oír». (Lc 4, 21) Jesús no dice que va a cumplirse, tampoco dice que se ha cumplido plenamente. Con sus palabras y signos, con su oración y pascua, el reino o reinado de Dios se ha hecho presente en la historia. Pablo lo predicaba en estos términos: Mas cuando llegó la plenitud del tiempo, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer... etc.». (Gal 4, 4) La fuerza transformadora de la bienaventuranzas proviene del Señor. Él nos da su inteligencia y la posibilidad de vivirlas.

Jesús, en las parábolas del reino de Dios, nos dio a conocer la llegada silenciosa y discreta, lenta y fecunda del reinado de Dios. Liberado de la esclavitud de Egipto, el pueblo cantaba: «Dios reina por siempre jamás» (Ex 15, 18). El profeta de la consolación proclamaba tras el exilio: «¡Dios reina!» (Is 52, 7). El sabio y el apocalíptico enseñan: «¡Su reino no tendrá fin!» El salmista oraba: «El Señor reinará eternamente». (Sal 10, 16) Jesús decía a los que lo criticaban y se negaban a recibirlo: «Pero, si yo echo los demonios con el dedo de Dios, entonces es que el reino de Dios ha llegado a vosotros». (Lc 11, 20; cf. Ex 8, 14). La comunidad apostólica anunciaba «la Buena Nueva del reino de Dios y del nombre de Jesucristo». (cf. Hch 8, 12; 13, 22; 19, 8; 20, 25; 28, 23.31) El concilio Vaticano enseñó: la Iglesia es «el germen del reino de Dios» en la tierra (LG 5). Las energías de reino de Dios, por tanto, ya están actuando en la historia. Cierto, el trigo y la cizaña crecen juntas en el campo del Señor; pero nuestra esperanza es cierta: «el trigo», los «ciudadanos del reino», «los justos brillarán como el sol en el reino de su Padre». (Mt 13, 36-43)

Las parábolas, por tanto, nos dicen cómo el reino de Dios es ya realidad presente, si bien no se ha manifestado todavía en plenitud. En la primera carta de san Juan se nos dice:

Mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues ¡lo somos! El mundo no nos conoce porque no lo conoció a él. Queridos, ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que, cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque lo veremos tal cual es. Todo el que tiene esta esperanza en él se purifica a sí mismo, como él es puro... Hijos míos, que nadie os engañe. Quien obra la justicia es

justo, como él es justo. En esto se reconocen los hijos de Dios y los hijos del Diablo: todo el que no obra la justicia no es de Dios, ni tampoco el que no ama a su hermano. (1Jn 3, 1-10)

Con el fin de mejor comprender la fuerza de las bienaventuranzas, capaz de transfigurar el mundo desde dentro, conviene tener también presente *la clave y dinámica* del «Sermón del monte», según san Mateo, o de «la llanura», según san Lucas. Así entramos en el punto siguiente de nuestra meditación.

III.- CLAVE Y DINÁMICA DE LA CARTA MAGNA DEL REINO DE DIOS

Los ciudadanos del reino de Dios, los discípulos de Jesús, estamos llamados a vivir como verdaderos imitadores del Padre, como lo fue nuestro único Maestro. Él insiste: «Porque os digo que si vuestra justicia no es mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos». (Mt 5, 20) Y un poco más adelante, afirma:

Habéis oído que se dijo: “Amarás a tu prójimo” y aborrecerás a tu enemigo. Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos y rezad por los que os persiguen, para que seáis hijos de vuestro Padre celestial, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y manda la lluvia a justos e injustos. Porque, si amáis a los que os aman, ¿qué premio tendréis? ¿No hacen lo mismo también los publicanos? Y, si saludáis solo a vuestros hermanos, ¿qué hacéis de extraordinario? ¿No hacen lo mismo también los gentiles? Por tanto, sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto. (5, 43-48)

La justicia de los ciudadanos del reino se manifiesta en amar con el mismo amor del Padre, con su misma misericordia. como verdaderos hijos de Dios.

Amad a vuestros enemigos, haced el bien y prestad sin esperar nada; será grande vuestra recompensa **y seréis hijos del Altísimo**, porque él es bueno con los malvados y desagradecidos. Sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso; no juzguéis, y no seréis juzgados; no condenéis, y no seréis condenados; perdonad, y seréis perdonados; dad, y se os dará: os verterán una medida generosa, colmada, rebosante, pues con la medida con que midiereis se os medirá a vosotros». (Lc 6, 35-38)

El apóstol Pablo comprendió bien cómo el cristiano debe imitar al Padre como lo hiciera el Hijo enviado en la carne.

Sed imitadores de Dios, como hijos queridos, y vivid en el amor como Cristo os amó y se entregó por nosotros a Dios como oblación y víctima de suave olor. (Ef 5, 1-2)

Jesús, por tanto, en el sermón del monte, nos está diciendo que nuestra dicha está en vivir como hijos del Padre. Las bienaventuranzas no se comprenden bien más que desde esta clave. Para vivir en la lógica y fuerza del misterio de las bienaventuranzas, es necesario entrar en el misterio del Hijo enviado en una carne semejante a la nuestra. Así trataremos de hacerlo al meditar las diferentes bienaventuranzas.

Jesús, conviene notarlo, nos habla en su condición de Hijo. Lo hace, como señalan los evangelistas y los demás escritos apostólicos en continuidad con Moisés, los Profetas y los salmistas. *Continuidad en la novedad*.

Moisés subía a la montaña para escuchar a Dios y bajar luego al encuentro del pueblo, con el fin de comunicarle las palabras de vida. Era un intermediario entre Dios y el pueblo. Jesús habla desde la montaña al pueblo. Lo hace sentado. «Al ver Jesús el gentío, subió al

monte, se sentó y se acercaron sus discípulos; y abriendo su boca, les enseñaba diciendo...». (Mt 5, 1-2) Moisés pedía que se creyese en las palabras que Dios le había comunicado. Jesús presenta como «el hombre prudente» al que escucha sus palabras y las pone en práctica; «el hombre necio», por el contrario, edifica sobre arena. El evangelista Mateo cierra el sermón del monte con estas significativas palabras:

Al terminar Jesús este discurso, la gente estaba admirada de su enseñanza, porque les enseñaba con autoridad y no como sus escribas. (Mt 7, 28)

Jesús no habla como un intermediario, sino como el que tiene autoridad propia. En el cuarto evangelio afirma: «El Espíritu es quien da vida; la carne no sirve para nada. Las palabras que os he dicho son espíritu y vida». Y así lo afirma la confesión de Pedro: «Señor, ¿a quién vamos a acudir? Tú tienes palabras de vida eterna; nosotros creemos y sabemos que tú eres el Santo de Dios». (Jn 6, 63.68-69) La carta a los hebreos precisa:

En muchas ocasiones y de muchas maneras habló Dios antiguamente a los padres por los profetas. En esta etapa final, nos ha hablado por el Hijo, al que ha nombrado heredero de todo, y por medio del cual ha realizado los siglos. (Heb 1, 1-2)

Las bienaventuranzas se enraízan en el amor del Padre, en la gracia del Hijo y en la comunión del Espíritu Santo. Ellas son expresión de la sabiduría y fuerza de Dios revelada en el Crucificado, así como fuente inagotable de gozo, para el creyente:

«Pues los judíos exigen signos, los griegos buscan sabiduría; pero nosotros predicamos a Cristo crucificado: escándalo para los judíos, necedad para los gentiles; pero para los llamados —judíos o griegos—, un Cristo que es fuerza de Dios y sabiduría de Dios. Pues lo necio de Dios es más sabio que los hombres; y lo débil de Dios es más fuerte que los hombres...» Y más adelante añade: «También yo me presenté a vosotros débil y temblando de miedo; mi palabra y mi predicación no fue con persuasiva sabiduría humana, sino en la manifestación y el poder del Espíritu, para que vuestra fe no se apoye en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios». (1Cor 1, 22-25; 2, 3-5)

Puesto que «el logos de la cruz» «es necedad para los que se pierden; pero para los que se salvan, para nosotros, es fuerza de Dios» «y puesto que, en la sabiduría de Dios, el mundo no conoció a Dios por el camino de la sabiduría, quiso Dios valerse de la necedad de la predicación para salvar a los que creen» (1Cor 1, 18.21), las bienaventuranzas deben ser releídas y vividas a la luz de Jesucristo muerto y resucitado. Recordemos la respuesta de Jesús a los enviados de Juan Bautista:

«Id a anunciar a Juan lo que estáis viendo y oyendo: los ciegos ven y los cojos andan; los leprosos quedan limpios y los sordos oyen; los muertos resucitan y los pobres son evangelizados. ¡Y bienaventurado el que no se escandalice de mí!». (Mt 11, 1-6; cf. Lc 7, 18-23)

Jesús afirma, por una parte, que el tiempo de la salvación ha llegado con él. Habla en su respuesta de ver y oír. Y, por otra, la salvación futura se concede al que ve y oye, al que cree en Jesús sin escandalizarse. También se pone de relieve la dimensión escatológica de la salvación. Los pobres son evangelizados, como anunció el profeta. La respuesta de Jesús está entretejida con palabras de Isaías (Cf. Is 26, 19; 29, 18s; 35, 5s; 42, 7.18; 61, 1).

Cuando los discípulos de Juan Bautista se retiraron, Jesús hizo su elogio y añadió de forma significativa a continuación: «En verdad os digo que no ha nacido de mujer uno más grande que Juan el Bautista; aunque el más pequeño en el reino de los cielos es más grande que él». (Mt 11, 11) El Bautista es muy grande, pero se halla en el umbral del reino

de Dios. El discípulo más pequeño sigue a Jesús y participa ya en la realidad del reino que comienza y culmina con la misión y pascua del Hijo; por ello es más grande que Juan Bautista. Este pensamiento, («el más pequeño en el reino de Dios es mayor que él»), es determinante para adentrarse en la inteligencia de las bienaventuranzas, en su fuerza para transfigurar el mundo. No estamos en «la economía de la ley», sino en la «economía de la gracia». El reino de Dios está germinando, como lo recuerdan las parábolas del reino. Los pobres son evangelizados. «Y ¡bienaventurado el que no se escandalice de mí!». (Lc 7, 23)

En una palabra, las bienaventuranzas proclamadas por el Mesías es el estilo propio de vida y de acción de los que han visto y oído, de los que han creído, de los que acogen con corazón noble y perseverante la invitación a participar en el banquete del reino de Dios, de los que le siguen y no se escandalizan de él. Lucas, al explicar la parábola del sembrador, sentencia: «Lo de la tierra buena son los que escuchan la palabra con un corazón noble y generoso, la guardan y dan fruto con perseverancia». (Lc 8, 15)

IV.- VIVIR LA FUERZA DE LAS BIENAVENTURANZAS PARA TRANSFIGURAR EL MUNDO

La fuerza de las bienaventuranzas radica, en última instancia, como acabo de indicar en el amor del Padre, en la gracia del Señor que las proclama y en el amor que el Espíritu derrama en nuestros corazones, para vivir, en los avatares de la historia, la esperanza que no defrauda. El carisma de los Institutos Seculares, don del Espíritu a la Iglesia, tienen la misión de *ser memoria profética dentro y fuera de la Iglesia*, de esta verdad: Evangelizar implica transfigurar el mundo desde dentro. Recordemos estas palabras de Pablo VI:

Evangelizar significa para la Iglesia llevar la Buena Nueva a todos los ambientes de la humanidad y, con su influjo, transformar desde dentro, renovar a la misma humanidad: "He aquí que hago nuevas todas las cosas". Pero la verdad es que no hay humanidad nueva si no hay en primer lugar hombres nuevos con la novedad del bautismo y de la vida según el Evangelio. La finalidad de la evangelización es por consiguiente este cambio interior y, si hubiera que resumirlo en una palabra, lo mejor sería decir que la Iglesia evangeliza cuando, por la sola fuerza divina del Mensaje que proclama, trata de convertir al mismo tiempo la conciencia personal y colectiva de los hombres, la actividad en la que ellos están comprometidos, su vida y ambiente concretos. (EN 18)

Ahora bien, para que los Institutos Seculares contribuyan de manera específica a la misión evangelizadora de la Iglesia, están llamados a vivir su «vocación de frontera», como recordó el Papa Francisco. La secularidad consagrada debe poner de manifiesto «la naturaleza secular de la Iglesia». Y eso les obliga a vivir una real solidaridad y comunión con los hombres y mujeres de nuestros días, «con el estilo de la cercanía, que es el estilo de Dios: la cercanía», como el Papa recordaba este mes de agosto. Y se preguntaba y nos preguntaba Francisco:

Pero, ¿dónde encontrar la fuerza para ponerse al servicio de los demás con generosidad? ¿Dónde encontrar también la valentía para tomar decisiones audaces que impulsen a un testimonio? Esta fuerza y esta valentía las encuentran en la oración y en la contemplación silenciosa de Cristo. El encuentro orante con Jesús les llena el corazón de su paz y de su amor, que podrán dar a los demás. La búsqueda asidua de Dios, la familiaridad con la Sagrada Escritura y la participación en los sacramentos son la clave de la fecundidad de sus obras. (Discurso a los participantes en la Asamblea de la General de conferencia mundial de los Institutos Seculares, 25 de agosto de 2022)

Sin adentrarnos ahora en el contenido detallado de las bienaventuranzas del monte o de la llanura, un pequeño recorrido por el evangelio san Lucas, puede ayudarnos a comprender la fuerza de las bienaventuranzas y cómo inciden en la transfiguración del mundo.

Nada más abrir el evangelio nos encontramos con esta afirmación de Isabel llena del Espíritu Santo: «Bienaventurada la que ha creído, porque lo que le ha dicho el Señor se cumplirá». (Lc 1, 45) El mundo se transforma en la medida que creemos en la palabra de Dios. Así lo afirma la carta a los hebreos: «Por la fe sabemos que el universo fue configurado por la palabra de Dios, de manera que lo visible procede de lo invisible». Y después de narrar la historia de los creyentes añade:

En consecuencia: teniendo una nube tan ingente de testigos, corramos, con constancia, en la carrera que nos toca, renunciando a todo lo que nos estorba y al pecado que nos asedia, fijos los ojos en el que inició y completa nuestra fe, Jesús, quien, en lugar del gozo inmediato, soportó la cruz, despreciando la ignominia, y ahora está sentado a la derecha del trono de Dios. Recordad al que soportó tal oposición de los pecadores, y no os canséis ni perdáis el ánimo. (Hb 11, 1-12, 5)

Creer que se cumplirá lo que el Señor nos ha dicho, funda la existencia del bienaventurado. *Saber ver cómo lo visible procede de lo invisible*, hace que la persona consagrada en la secularidad se convierta en testigo y servidor de la esperanza que no defrauda en medio de las tormentas que agitan regularmente la historia de la humanidad. No estemos vueltos hacia el pasado. Nuestra tarea es seguir sembrando en el mundo las semillas del reino de Dios. En el día y la noche, el Señor sigue actuando.

Ahora bien, esto conlleva, por una parte, tener los ojos y los oídos de la fe para ver la presencia del Señor y oír la voz del Señor en la creación y la historia. Jesús dijo a sus discípulos: «¡Bienaventurados los ojos que ven lo que vosotros veis!» (Lc 10, 23) Los agradados con el carisma de la secularidad consagrada, debemos vivir un aprendizaje permanente, para descubrir la presencia y acción del Invisible en lo concreto de la ciudad secular; para oír con los oídos de la fe, esto es, con los oídos de Dios el grito de los hombres que anhelan la verdadera libertad. ¡Cristo nos liberó para la libertad! La misión de la Iglesia es formar cristianos libres y dedicados a la liberación de sus hermanos, en consonancia con el designio salvador de Dios, como recordó Pablo VI.

Como núcleo y centro de su Buena Nueva, Jesús anuncia la salvación, ese gran don de Dios que es liberación de todo lo que oprime al hombre, pero que es sobre todo liberación del pecado y del maligno, dentro de la alegría de conocer a Dios y de ser conocido por El, de verlo, de entregarse a El. Todo esto tiene su arranque durante la vida de Cristo, y se logra de manea definitiva por su muerte y resurrección; pero debe ser continuado pacientemente a través de la historia hasta ser plenamente realizado el día de la venida final del mismo Cristo, cosa que nadie sabe cuándo tendrá lugar, a excepción del Padre (EN 9 y el n. 38)

Y, por otra parte, es necesario saber de quién nos hemos fiado. Para ser bienaventurado es preciso apoyarse solo en Dios. Creer es apoyarse en Dios y no en nosotros. En este sentido, conviene recordar estas palabras de Jesús a los emisarios del Bautista: «¡Bienaventurado el que no se escandalice de mí!» (Lc 7, 23) ¡No nos avergoncemos del Evangelio! Pablo escribía a la comunidad de los gálatas: «En cuanto a mí, Dios me libre de gloriarme si no es en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por la cual el mundo está crucificado para mí, y yo para el mundo». (Gal 6, 14) Aquí radica precisamente la comunión con el amor del Padre que envió a su Hijo en el Espíritu, para salvar al mundo. En la segunda carta a Timoteo, nos

encontramos con un texto que debemos meditar muy especialmente los servidores del Evangelio de la gracia.

Por esta razón te recuerdo que reavives el don de Dios que hay en ti por la imposición de mis manos, pues Dios no nos ha dado un espíritu de cobardía, sino de fortaleza, de amor y de templanza. Así pues, no te avergüences del testimonio de nuestro Señor ni de mí, su prisionero; antes bien, toma parte en los padecimientos por el Evangelio, según la fuerza de Dios. Él nos salvó y nos llamó con una vocación santa, no por nuestras obras, sino según su designio y según la gracia que nos dio en Cristo Jesús desde antes de los siglos, la cual se ha manifestado ahora por la aparición de nuestro Salvador, Cristo Jesús, que destruyó la muerte e hizo brillar la vida y la inmortalidad por medio del Evangelio. De este Evangelio fui constituido heraldo, apóstol y maestro. Esta es la razón por la que padezco tales cosas, pero no me avergüenzo, porque sé de quién me he fiado, y estoy firmemente persuadido de que tiene poder para velar por mi depósito hasta aquel día. Ten por modelo las palabras sanas que has oído de mí en la fe y el amor que tienen su fundamento en Cristo Jesús. Vela por el precioso depósito con la ayuda del Espíritu Santo que habita en nosotros. (2Tim 1, 6-14)

Para avanzar por el camino de las bienaventuranzas, se nos pide estar vigilantes, permanecer como verdaderos servidores de los consiervos que el Señor nos ha puesto en el camino.

Bienaventurados aquellos criados a quienes el señor, al llegar, los encuentre en vela; en verdad os digo que se ceñirá, los hará sentar a la mesa y, acercándose, les irá sirviendo... Y, si llega a la segunda vigilia o a la tercera y los encuentra así, *bienaventurados* ellos. *Bienaventurado* aquel criado a quien su señor, al llegar, lo encuentre portándose así. (Lc 12, 37-38.43)

Después del lavatorio de los pies, Jesús dijo a sus discípulos que la dicha estaba en servir como él, desde el último lugar: «En verdad, en verdad os digo: el criado no es más que su amo, ni el enviado es más que el que lo envía. Puesto que sabéis esto, dichosos (MAKARIOI, BEATI, BIENAVENTURADOS) vosotros si lo ponéis en práctica». (Jn 13, 16-17) Somos enviados al mundo, para transfigurar desde dentro las relaciones de las personas, grupos sociales, culturas y pueblos, para servir desde el último lugar, sin dominar ni poseer, para llevar adelante la civilización del amor, para vivir el reino de Dios. Escuchemos:

Porque el reino de Dios no es comida y bebida, sino justicia, paz y alegría en el Espíritu Santo; el que sirve en esto a Cristo es grato a Dios, y acepto a los hombres. Así, pues, procuremos lo que favorece la paz y lo que contribuye a la edificación mutua. (Rom 14, 17-19)

La bienaventuranza está ligada, en última instancia, a la escucha obediente de la palabra de Dios y a vivir la gratuidad propia del amor, de agapé. Por ello, quiero terminar estas reflexiones con la lectura de dos textos del evangelista de los pobres, como algunos han calificado a Lucas.

Cuando des un banquete, invita a pobres, lisiados, cojos y ciegos; y serás bienaventurado, porque no pueden pagarte; te pagarán en la resurrección de los justos». Uno de los comensales dijo a Jesús: «¡Bienaventurado el que coma en el reino de Dios!». (Lc 14, 14-15)

Jesús, a la mujer que llamó bienaventurada a la madre que lo dio a luz y lo amamanto, le señaló quienes son los verdaderos bienaventurados. Releamos este pasaje tan entrañable y significativo:

Mientras él hablaba estas cosas, aconteció que una mujer de entre el gentío, levantando la voz, le dijo: «Bienaventurado el vientre que te llevó y los pechos que te criaron». Pero él dijo: «Mejor, bienaventurados los que escuchan la palabra de Dios y la cumplen». (Lc 11, 27-28)